

## CAPÍTULO III

### LA FASE HEIAN (794-1185)

LA TESIS DE LA FINURA PALACIEGA PROVOCANDO SU ANTÍTESIS

EN ESTE CAPÍTULO hablaremos de los aspectos jurídicos de la larga fase Heian (794-1185), que debe su nombre a la ciudad donde residía el emperador: Heian, o sea Kioto.

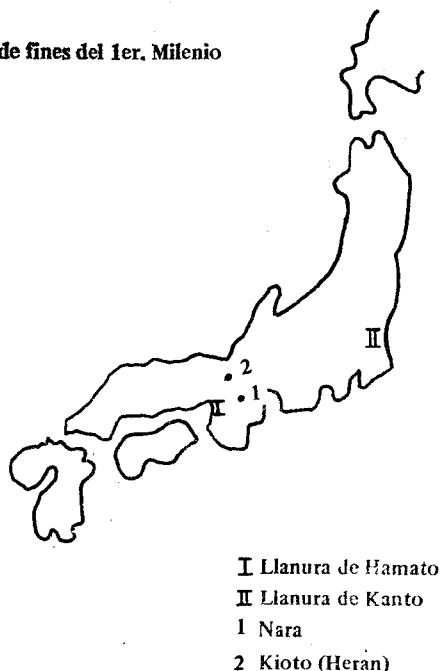
Durante estos casi tres siglos no se derogó la legislación surgida de la imitación de China, durante la fase anterior; por otra parte, la Corte resultó incapaz de darle eficacia, y paulatinamente varios aspectos primordiales de la reforma Taika y de la legislación Tai-ho cayeron en desuso.

La época Heian, en vez de ser caracterizada por la expedición de nuevas normas (como el período descrito en el capítulo antecedente), aportó más bien importantes cambios *de facto*, y con éstos una paulatina erosión del sistema centralizador que había surgido en los siglos anteriores. El emperador seguía siendo el símbolo de unidad nacional, unidad tan arduamente conquistada; pero su poder real se diluía. El tedio de las ceremonias protocolarias indujo a muchos emperadores a abdicar, reservándose, empero, algunos poderes para retirarse a una vida más libre, aunque no carente de importancia, en alguna cómoda boncería, donde pudieran vivir como *grey eminence*, en una posición, comparable, en nuestro país, a la de Calles bajo sus tres inmediatos sucesores.

Tal gobierno, por emperadores formalmente retirados, “enclaustrados”, que imponían a la política las grandes líneas, a través de emperadores formalmente entronados —o, inclusive, a través de los regentes de éstos, en el frecuente caso de la minoría de edad del emperador “verdadero”—, se llama el *insei*. Como primer caso se cita generalmente a Go-Sanjo (1068-1072).<sup>1</sup>

<sup>1</sup> G. Cameron Hurst da una interpretación distinta a esta figura, en su *The Reign of Go-Sanjo and the Revival of Imperial Power*, M. N. 27 (1971), pp. 65 y ss. (En este título, *Revival of Imperial Power* se refiere al hecho de que Go-Sanjo terminó con el poder hereditario de los Fujimara, detrás del trono: véase el capítulo anterior del presente libro.)

Japón de fines del 1er. Milenio



Además hubo otro factor, generalmente coincidental, que a menudo contribuyó a los rasgos tan especiales de la figura imperial en esta época: el hecho de que muchos emperadores murieron jóvenes, o se retiraron después de pocos años en el trono, durante esta fase Heian, dejando a sucesores menores de edad, lo cual ayudó a fomentar el poder *de facto* de ciertas familias detrás del trono (como cuyo prototipo ya vimos a los Fujiwara) que proporcionaban a los tutores y regentes que, después, continuaban dando consejos de gran prestigio moral. Tales familias, al estilo de los Fujiwara, lograron obtener, así generación tras generación, los puestos clave del apa-

rato administrativo-político, ligándose, además, a la familia imperial mediante su estrategia matrimonial. A fines de la época Heian, las dos familias que, primero contrabalanceándose dentro de la Corte, obtuvieron luego sucesivamente una influencia predominante en ellas, fueron los Taira y los Minamoto.

En esta fase prevalece un ambiente budista, sin que esto quiera decir que otras corrientes religiosas estuviesen excluidas: es conocida la tolerante, admirable, observación del maestro Kobo (Kukai, 774-835) de que “para guiar diferentes tipos de personas tenemos las doctrinas del budismo, taoísmo y confucionismo: varían en cuanto a profundidad, pero todas son enseñanzas elaboradas por sabios”.<sup>2</sup> La benévola actitud budista frente al criminal (y frente al pecador en general), además de su respeto a todo lo que vive, ahora se manifiesta claramente en materia penal, y durante los tres siglos de la fase Heian, el poder central casi nunca recurrió a la pena capital.

<sup>2</sup> Nakamura, *op. cit.*, I.55.

Una brillante, sofisticada cultura palaciega caracteriza esta época, cuyo florecimiento cultural también se manifiesta en la fundación de la primera universidad japonesa, en 795, que enseñaba, además de las matemáticas y los clásicos chinos, el Derecho en íntima relación con la ética. Para el fondo cultural y social de la Corte de esta fase es muy recomendable: *The World of the Shining Prince*, que describe en forma muy documentada y con gracia, el *rampant aestheticism* de esta época, posiblemente más bien orientada hacia la forma refinada que hacia la profundidad, pero de todos modos, con rasgos literarios y de artes plásticas que, a distancia, resultan impresionantes e inspiradores. Quizás hubo algo de maquiavelismo *avant la lettre* en la forma en que los *Realpolitiker* de esta época —sobre todo los Fujiwara— animaron este esteticismo: les convenía que los emperadores y la mayoría de los aristócratas se dedicaran a los refinamientos de la poesía, el protocolo, la caligrafía, la ceremonia del té, la música, la danza, la preparación de perfumes (; también una difundida afición de los caballeros!) y el bordado: así no interferirían con las labores más serias de los grandes, verdaderos administradores del Imperio. A la luz de una sensibilidad social moderna, la cultura Heian probablemente debería considerarse como humanamente irresponsable. Sin embargo, leyendo la literatura de aquella época, uno recibe la impresión de que cada súbdito recibía una proporción razonable dentro de la amplia producción, facilitada por la generosa naturaleza japonesa, y que el japonés en general podía realizar adecuadamente el biograma que a cada individuo humano corresponde. Además, ya mencionamos que la pena capital fue aplicada muy raras veces durante casi tres siglos (sobre todo a partir del régimen del emperador Saga, de 809 a 823, fue notable la autorrestricción respectiva, por parte del poder).

Un importante fenómeno político-social de esta fase Heian era la formación de los *sho* o *shoen*, latifundios formados por las grandes familias de esta época, los *honjo*. Se trataba de enormes propiedades privadas que, a menudo, se iniciaron con base en una concesión temporal, otorgada por unas pocas generaciones; sin embargo, *ce n'est que le provisoire qui dure...* En otras ocasiones se trataba de una especie de usufructo, concedido sobre tales terrenos, que paulatinamente comenzaron a ser considerados como propiedades de tal familia. También por la limpia y toma en explotación de terrenos en los límites del territorio eficazmente administrado por el Imperio, pudieron formarse grandes *sho*.

<sup>3</sup> Oxford University Press, 1964; Peregrine Books (Penguin Books), Y83, 1969.

En muchas ocasiones, los *sho* gozaban de una exención de impuestos, y esta circunstancia creó una nueva causa para el crecimiento de un *sho*, una vez que estuviera ya funcionando: pequeños propietarios cercanos vieron ventaja en su “encomendación” al señor del próximo *sho*, entregando sus tierras a éste y obteniendo así para estos terrenos la eliminación del impuesto, para luego volver a recibir las mismas tierras en *enfiteusis*, mediante un canon inferior al antiguo impuesto, gozando además de la protección del latifundista, que a menudo era un influyente en la Corte o en la capital provincial, y siempre poderoso en los asuntos distritales.<sup>4</sup> Además de tales exenciones de impuestos, como ya dijimos, el *sho* a menudo llegaba a tal grado de independencia que sus administradores podían impedir que funcionarios imperiales entrasen en sus territorios. Por otra parte, en muchas ocasiones el *sho* consistía de terrenos tan dispersos que se evitó la impresión de tratarse de un “estado dentro del estado”, al estilo de lo que tan frecuentemente observamos en el feudalismo occidental, y en el Japón posterior, de los *daimyo*, —que pronto conoceremos.

Evidentemente, este desarrollo no favoreció al emperador. Sin embargo, si la Corte perdió ingresos por el surgimiento de los *sho*, por otra parte, mientras se tratara de una compensación por el desempeño de funciones públicas o de premios por méritos especiales que de otra manera hubieran costado dinero al erario, esta nueva institución no carecía totalmente de justificación, desde el punto de vista hacendario, y así, sucesivas leyes imperiales (de 902, 984, 1045 y 1055) comenzaron a reglamentar esta formación de los *sho*, siguiendo el sabio principio político que debe reglamentarse mediante normas oficiales lo que no pueda evitarse.<sup>5</sup> Además, el emperador mismo decidió participar en la nueva tendencia, creando o adquiriendo importantes *sho* para la Corona. Así, durante la fase que estamos comentando surgieron los *sho* de los aristócratas de la Corte y de los grandes de la provincia, los *sho* de la Corona, y, además, muchos *sho* de las prósperas boncerías, monasterios que a menudo también alcanzaron considerable poder político. Estos *sho* presentaron a menudo complicadas constelaciones jurídicas: muchas personas distintas pueden tener derecho (*shiki*) a una porción de la cosecha de un solo terreno: el propietario ausentista, su administrador, sus cam-

<sup>4</sup> Este desarrollo es descrito con gran claridad por P. Duus en el segundo capítulo de su *Feudalism in Japan*, N. York, 1969.

<sup>5</sup> Véase G. C. Hurst, *The Reign of Go-Sanjo and the Revival of Imperial Power*, M. N. 27 (1971), pp. 65 y ss, donde se describe también en forma clara la constitución de los *sho*.

pesinos y quizás también algún poderoso “protector”; y tales *shiki* podrían ser enajenados *inter vivos* y *mortis causa*, y subdividirse, de manera que finalmente una sola persona podía ser titular de *shiki* en diversos niveles, respecto de varios terrenos, teniendo el derecho de cultivar mediante alguna contraprestación algún terreno ajeno (y realizando este cultivo personalmente o mediante aparceros o administradores); el derecho y deber de administrar, mediante remuneración, otro terreno; el derecho a una porción de la cosecha de otro terreno, como contraprestación de “protección” administrativa y política; y el derecho de recibir un canon o una renta de otro terreno, de su propiedad. El sistema de los *shiki*, como dice P. Duus,<sup>6</sup> era “sobre todo un sistema jurídico que permitía a grandes cantidades de personas recibir una participación en el producto de la agricultura, en una época cuando la tierra, más bien que el dinero, era la fuente (—y podemos añadir: la forma— GFM) principal de la riqueza”.

Así, la fase Heian muestra un alto grado de dispersión del poder. 1) En la Corte, el mando se fraccionaba entre el emperador, un eventual predecesor que después de abdicar seguía influyendo, los regentes o tutores en caso de un emperador menor de edad, y, desde luego, toda una camarilla de poderosos, generalmente pertenecientes a familias ligadas a la Corona, que ocupaban las funciones de *kampaku* (primer ministro, mayordomo) y otras. 2) En materia agraria encontramos a varios latifundistas, gozando a menudo de exención de impuestos y de cierta extraterritorialidad; pero, paralelamente, en el sistema de los *shiki* observamos una apreciable dispersión de las ventajas económicas derivadas de la tierra. Pero ahora el panorama se complica meriante un tercer elemento: 3) los *samurai*, caudillos militares, no ambulatorios sino sólidamente arraigados en determinado territorio, de creciente influencia política durante la fase Heian. Para comprender el impacto de esta clase, debemos recordar que por razones económicas y a causa de la cómoda insularidad del país, que parecía ofrecer suficiente protección contra el extranjero, la conscripción imperial, al estilo chino, introducida por el *Taika*, había sido abolida después de unas pocas generaciones. En este hueco entraban los *samurai*. Pero hay otro acercamiento al fenómeno de estos militares: contra el fondo de la refinada cultura Heian se presentó pronto un creciente dualismo: por una parte la perfumada, afeminada atmósfera de la nobleza de la Corte, con sus fiestas para contemplar

<sup>6</sup> Véase la nota 4 de este capítulo.

la luna, sus juegos poéticos, etc.; por otra, la robusta aristocracia de la provincia, donde comenzó a formarse la ética varonil de los *samurai*,<sup>7</sup> confucionistas-budistas, con su obsesión romántica de la fidelidad absoluta al caudillo, su sed de aventuras, su desprecio de la mujer y su glorificación del suicidio —de preferencia en la forma ritual del *seppuku*, o sea *harakiri*<sup>7a</sup>— en caso de derrota; y, con esto, la popularidad —subsistente hasta estos días— del héroe derrotado que se somete con dignidad a su hado.<sup>8</sup>

Esta bifurcación sicológica dentro de la élite del poder, entre el aristócrata de la Corte y el *samurai* de la provincia, también se manifiesta en la educación: en instituciones generalmente ligadas a templos y de orientación cultural china, la nobleza palaciega se entrenaba en asuntos artísticos (¡poesía!) y ceremoniales, mientras que los guerreros de la provincia se especializaban en otras escuelas, de índole local y con ecos del antiguo sistema de los clanes, en la caballería y la arquería.

Estos *samurai*, propietarios medianos y al mismo tiempo guerreros, líderes militares locales, estuvieron subordinados a nobles individuales ligados a la Corte, pero al mismo tiempo tuvieron sus propios vasallos; llegaron a ser jefes feudales, a los cuales los pequeños campesinos frecuentemente se encomendaron, en vista de la progresiva ineficacia de los gobernadores provinciales y demás autoridades imperiales, y también a causa del ausentismo de los titulares de los *sho*, para quienes tales *sho* a menudo no eran más que una fuente, casi abstracta, de ingresos, de cuyas características y problemas concretos a menudo sabían muy poco.

Los *samurai* no eran tan opulentos como podían ser ciertos titulares de los *sho*, pero, a diferencia de muchos de éstos, vivieron en íntimo contacto con sus tierras y conocieron de cerca a los campesinos de su región y los problemas locales. Aunque de fortuna sólo mediana, eran suficientemente ricos como para poder sustraerse a las labores rudas del campo, y especializarse en el manejo del arco, la equitación y la combinación de ellos: la cacería. Como deporte practicaban también el manejo de otras armas: la espada larga y recta del Japón, la espada pequeña, la lanza. La cultura de estos campesinos-guerreros, también llamados *bushi*, no era refinada, como la de los maquillados aristócratas de la Corte;

<sup>7</sup> Utilizo en este libro el término de *samurai* (o *saburai*, equivalente de "lacayo") por haberse popularizado en el Occidente; en la literatura japonesa, empero, se encuentran muchos sinónimos de *samurai*.

<sup>7a</sup> Sobre la esencia e historia del *harakiri*, véase J. Seward, *Harakiri; Japanese ritual suicide*, Vermont/Tokio, 1968, 2a. ed., 1973.

<sup>8</sup> Ivan Morris, *The nobility of failure; tragic heroes in the history of Japan*, N. York, 1975.



Un *samurai* al comienzo del siglo xvii (el famoso Miyamoto Musashi).  
Grabado de Kuniyoshi, mediados del siglo xix.

pero los caracterizaba un sólido sentido pragmático. Por otra parte, su ideal no dejaba de ser una combinación del *bun* con el *bu*: de la cultura con la espada, y su frecuente talento administrativo, combinado con su alfabetización, fue aprovechado por los gobernadores provinciales y jefes distritales para concederles a menudo funciones públicas locales (como la recaudación de impuestos), a cuyo respecto solían formarse tradiciones hereditarias. Alrededor de estos *bushi*, de estos *samurai*, se formaban varios anillos concéntricos de fieles: los hijos y las familias de éstos, o sea los *ie na ko*; luego familias de campesinos vecinos, subordinados, pero de absoluta confianza, los *ke-nin*; después familias subordinadas de menos familiaridad, los *roto*; y finalmente los obreros y siervos, *genin* o *shoju*. Las relaciones de los *samurai* con sus vasallos eran muy firmes, y la fidelidad desde abajo encontró una sólida contracorriente en el paternalismo protector desde arriba, pero a diferencia del feudalismo occidental, se consideraba que una especificación precisa, jurídica, de los deberes recíprocos, iría en contra del ambiente de confianza que se quería establecer (en lo cual hallaron un rasgo muy japonés, con repercusiones hasta en la vida moderna de los negocios: los contratos sólo señalan una buena disposición para iniciar juntos una relación jurídica cuyos problemas serán resueltos de caso a caso, sin que se pueda o deba prever todos los detalles de la futura convivencia jurídica).

En ausencia de detallada reglamentación, la psicología japonesa pronto llevó el concepto de fidelidad del vasallo al *samurai* a niveles emocionales impresionantes, y la relación era tan personal e intensa que, evidentemente, nadie podía ser vasallo de dos *samurai* a la vez.

Varias conocidas obras japonesas de teatro glorifican esta virtud de una excesiva, inhumana fidelidad que, a partir del naciente ambiente de los *samurai*, pronto se incorpora en el "feudalismo"<sup>9</sup> japonés, e ilustran la idea de que el vasallo esté ligado a su señor "a través de todos los cambiantes escenarios de los tres mundos" y debe obedecer más bien a la voluntad *fundamental* del señor, que a expresiones impulsivas y temporales de tal voluntad.<sup>10</sup> Es interesante, al respecto, el refrán medieval

<sup>9</sup> Para una crítica de la aplicación de este término a la historia jurídica japonesa, véase este capítulo, *in fine*.

<sup>10</sup> Cf. el popular tema del vasallo que, en exceso de fidelidad, despista a su señor, decapitando al propio hijo —al que quería mucho— en vez del hijo de su señor feudal, ya que éste había ordenado la muerte de su propio primogénito en circunstancias que hacían suponer que, más tarde, se arrepentiría de su decisión. Véase Monzaemon Chikamatsu, *Fair ladies at a game of poem-cards*, trad. A. Miyamora y R. Nichols, obra del iglo xviii, pp. 271-303, en *Twentysix Plays — World Drama*, ed. Barrett H. Clark, N. Y., 1933, reed. Dover, T-57, sin fecha.

japonés de que la relación de padre a hijo dura una reencarnación; la de marido a esposa, dos; pero la de señor a vasallo, tres.

Esta liga personal de ningún modo implicaba el deber de fidelidad al jefe-protector del *samurai* mismo. Con esta última referencia llegamos a otro piso del edificio “feudal” japonés. Estos *samurai*, siendo grandes especialistas de los problemas locales, pero generalmente ignorantes de cuestiones políticas y militares más amplias, fueron usados por personas con una visión panorámica “nacional”, ligadas al ambiente de la Corte. Estas a menudo se especializaron en el conocimiento de la jungla de los *samurai*, organizando a estos campesinos-guerreros en defensa de la paz imperial o de propios intereses, disfrazados de “imperiales”. Encontramos aquí un reflejo del hecho, ya mencionado, de que el sistema de la conscripción nacional, previsto por la Reforma *Taika*, pronto había sido abolido, de manera que, en momentos de emergencia el emperador se encontraba relativamente indefenso y, por lo tanto, dependiente de personas, capaces de organizar a los *samurai*, los *bushi no toryo*, los líderes de guerreros, remotamente comparables con los *condotierri*. En caso de éxito, tales líderes desarrollaron una propia política dinástica, como sucedió con la familia de los Taira, que había tenido éxito en la lucha de sus *samurai* contra los piratas del Mar Interior del Japón, y la de los Minamoto, conocedores del mundo de los *samurai* en el Kanto, o sea en el oriente de Honshu.

A fines del primer milenio, confederaciones de tales ejércitos privados, bajo sus caudillos (*Cuke; bushi no tōryō*) ya eran factores de presión con los cuales los gobernadores imperiales de las provincias tenían que contar seriamente, entrando a veces con ellas en relaciones de cogobierno.

Tales grandes familias provinciales a menudo expidieron sus propias leyes domésticas,<sup>11</sup> con reglas para la sucesión, la administración del patrimonio de la familia, la disciplina militar dentro de sus propios ejércitos, las relaciones entre las diversas ramas —*seniores y juniors*— de la misma familia, etc. Y por la creciente influencia local de tales familias, estas leyes domésticas (de los Minamoto, los Hojo, etc.) tuvieron la tendencia de reglamentar cada vez más asuntos que no podían considerarse como estrictamente “interiores” de la familia, y llegaron a ser, en muchas partes, elemento constitutivo de la *law of the land*.

Al mismo tiempo, el sistema de los *goho*, aquellas unidades de cinco hogares, descrito en el capítulo anterior, cayó en desuso (para

<sup>11</sup> Cf. las divergentes costumbres jurídicas de las *gentes* en la antigua Roma.



Samurai de la segunda mitad del siglo xvi (Victoria & Albert, Museum, Londres). (Cap. III.)

ser resucitado en forma inesperada durante la fase Tokugawa, cuando se organizan los *goningumi*, como veremos). La creciente discrepancia entre el ambiente refinado de la Corte y el rudo espíritu pragmático de la nueva aristocracia provincial, desde luego implicaba inestabilidad y peligro de guerra civil. En este ambiente de zozobra, que duró —con intervalos de relativa paz— aproximadamente de 935 a 1185, o sea durante la segunda mitad de la fase Heian, parte de la nobleza guerrera defiende el trono imperial contra otros grupos, (los Taira o Heike, ya mencionados, poderosos en la región alrededor del Mar Interior, a veces comparados con los cosacos, a causa de su sed de independencia). Dentro del grupo “leal” se destaca cada vez más la

familia de los Minamoto o Genji, igualmente ya citada, como poderosa en la región del Kanto.<sup>12</sup> Primero triunfó el grupo de los Taira, en la batalla de entre 1156 y 1160, llegando su patriarca al rango de *Dajo Daikijin*, o sea Primer Ministro, pero pronto se invierte la situación, gracias al genio militar de Yoritomo, de la familia Minamoto, durante la guerra Gempei (1180-1185). Así, la familia Minamoto produce a los mayordomos (*shogun*) característicos del comienzo de la próxima fase del Japón, época que lleva su nombre, Minamoto, pero también el de “época-Kamakura” —1192-1333— a causa del lugar de residencia de estos *shogun*, en Kamakura, que en la actualidad es un famoso centro turístico, cerca de Tokio, que debe su merecida fama a los edificios que en gran parte surgieron por la conexión entre esta ciudad y el poder shogunal.

<sup>12</sup> En realidad, se trata de ramas subordinadas, secundarias, de la familia imperial, independizadas bajo apellidos de nueva creación (la familia imperial misma no tiene apellido).

Evidentemente, este panorama general ya tiene muy poco en común con el sencillo sistema, copiado en el siglo VII de la China, con un emperador, propietario de toda la tierra, recibiendo impuestos rurales para pagar un ejército profesional completado mediante conscripción, y con funcionarios imperiales que podían ser despedidos *ad nutum*; una administración basada en células de unos pocos (generalmente cinco) hogares vecinos, en cuyo sistema toda influencia de los antiguos clanes se diluía; y una periódica redistribución de las tierras, por el emperador, según las necesidades cambiantes de cada hogar, con lo cual, además de corresponder a un ideal de justicia distributiva, se dejaba sentir perpetuamente que la tenencia de la tierra era precaria y que el único "propietario" era el emperador.

¿Era "malo" este desarrollo? Desde luego, términos como "bueno" o "malo" sólo tienen sentido a la luz de algún criterio. Si éste es el acceso del individuo promedio a la realización de su "biograma", nuestro juicio sobre la realidad social Heian probablemente no puede ser completamente favorable. Es verdad que hubo una buena dispersión del poder político; no hallamos trabajos forzosos, *corvéés*, que acompañan tan frecuentemente otros sistemas latifundistas; y hubo una prosperidad razonable, gracias al buen clima japonés, con lluvias abundantes y el ambiente de paz que suele caracterizar esta fase (hubo contadas crisis de guerra civil, y sólo al final de esta fase se presenta un peligro exterior: los mongoles). Además, el sistema de los *shiki* y la gran cantidad de pequeñas propiedades que subsisten alrededor de los *sho*, garantizaban una satisfactoria distribución de la prosperidad, dentro del círculo, relativamente reducido, de la "gente decente". Y, en el fondo de todo lo anterior, hubo un ambiente gubernativo benevolente, como ya mencionamos; una loable tolerancia religiosa, y una cultura en la Corte que, aunque a veces nos irrita algo su hiperrefinamiento (sobre todo en materia de poesía), de todos modos ha tenido sus méritos y ha ofrecido sus satisfacciones personales (es esta cultura Heian que ha otorgado al Japón posterior —también al de hoy— aquella saturación de la vida diaria con una envidiable apreciación de la naturaleza y una estética omnipresente, ahora más discreta y equilibrada que en tiempos Heian pero, de todos modos, arraigada en éstos).<sup>13</sup> Sin embargo, para la "gente decente" parece que la gran mayo-

<sup>13</sup> Se ha llamado la atención sobre el hecho de que el japonés de la época Heian no tuvo palabras para "naturaleza" y "arte". Estos elementos se compenetraban a tal punto con la vida diaria, que no se presentaron ante la mente como valores aislados. Como dice G. B. Sansom al respecto: "poverty of vocabulary may mean wealth of sentiment" (*Some Unsolved Problems of Japanese History*, M. N. I [1938], pp. 42-47).

ría popular sólo existió como instrumento para ciertos fines, no como seres cohumanos.

HABLEMOS UN MOMENTO de la posición de la mujer en esta fase. Desde el punto de vista feminista hubo algunos retrocesos. Aunque formalmente se seguía reprobando la bigamia, en conformidad con el *Ritsu-ryo*, en tiempos Heian se permitía al marido tomar a concubinas, y en la práctica la diferencia entre la (única) “esposa” y las concubinas comenzaba a borrarse, llegándose a una poligamia oficialmente reconocida o, cuando menos, tolerada.<sup>14</sup> Un amargo *document humain* al respecto es el diario de una mujer noble de esta época, el *Kagero Nikki*, con su franca y realista protesta contra este incipiente sistema poligámico. La desgraciada autora sufría mucho de la *Wanderlust* erótica de su marido, al que quería tener para ella sola “treinta días y treinta noches por mes”. La época ya no se prestaba para tales ambiciones extravagantes. . .

Pero no es sólo el ambiente poligámico que va en contra de la posición de la mujer: en el medio de las clases acomodadas, la posibilidad de la mujer de desenvolverse intelectualmente queda cada vez más restringida. A fines del primer milenio de nuestra era, el padre de la famosa Dama Murasaki, perla de la literatura japonesa, lamenta que su hija, tanto más talentosa que su hijo, no haya nacido hombre: ahora toda esta potencialidad intelectual debía perderse. . .<sup>15</sup> La mujer de la clase alta ya dejaba de ser camarada de su marido, y de participar en los problemas de la época. El arte Heian la presenta casi como un utensilio, un mueble del hogar, atada a su lugar por el peso de unas veinte capas de telas costosas y, en la formulación acertada de Seidensticker,<sup>16</sup> *a shapeless and almost inert bundle of clothes, surmounted by a spectral white face and masses of streaming black hair* (“un fardo de ropa, sin forma y casi inerte, coronado por una cara blanca, espectral, y una avalancha de pelo negro”). Por otra parte, aún gozaba de derechos sucesorios y tenía a veces importantes propiedades y *shiki* a su nombre.<sup>17</sup> Además, a pesar de la mencionada “Ley Sálica” japonesa, en la fase Heian toda-

<sup>14</sup> Véase E. Seidensticker en su Introducción a *Kagerō Nikki*, TASJ III.4 (1955), p. 17.

<sup>15</sup> Este dato se encuentra en el diario de Murasaki, autora que por su famosa novela de las aventuras de Genji llegó a ser, para la cultura japonesa, el equivalente de Cervantes para España, o de Dante para Italia (la obra está a la disposición en traducción inglesa, muy alabada, por Arthur Waley, *The tales of Genji*, *Genji Monogatari*, Vermont/Tokio, 1974).

<sup>16</sup> TASJ III.4 (1955), p. 21.

<sup>17</sup> Ackroy, J., *Women in Feudal Japan*, TASJ III.7 (1959), pp. 31 y ss.

vía encontramos seis casos de emperatrices reinando solas. En el ambiente mesoclasista y proletario, a pesar de la tendencia general de imitar siempre, extralógicamente, las tendencias vistas en los estratos superiores, la mayor importancia económica de la mujer le aseguraba cierta estima. Sin embargo, ahí también el infanticidio de los bebés que habían comedido el error de nacer de sexo femenino (el conocido *makibi* —o sea la separación de la grana y de la paja—, mediante asfixia) ya comenzaba a ser una costumbre popular divulgada y considerada totalmente lícita.

Es a este largo período Heian que se deben muchos rasgos que en la actualidad al extranjero le llaman la atención como “típicamente japoneses” (por otra parte, Morris<sup>18</sup> observa que mucho de lo que hoy consideramos como característicamente japonés —como el teatro *Noh*, el *Kabuki*, los *haiku*, los grabados *ukiyo-e*, la música de *samisen*, los arreglos florales, las *geisha*, el *Zen*, el noble espíritu del *Bushidō*, el rito del baño, etcétera— no son producto de la fase Heian).

Ya desde 935 se pudo observar con cierta regularidad las rebeliones de algunos aristócratas, apoyados por sus *samurai*; también las guerras armadas de las opulentas bonceñas entre ellas aumentaban la sensación de inseguridad, y a veces hordas de monjes militantes hicieron con éxito sus violentas incursiones en Kioto (como en 981), para apoyar sus reclamaciones políticas y económicas.

En 1160, los Taira triunfaron sobre los Minamoto, y comenzaron a gobernar al estilo con el que, antes, los Fujiwara habían dominado la política imperial; pero en la guerra Gempei, 1180-1185, se presentó el brillante *come-back* de los Minamoto, bajo Yoritomo Minamoto, a cuya intervención personal se debe el triunfo en la batalla decisiva de 1182. Para obtener esta victoria, Yoritomo había tenido que organizar aquel sector de los *samurai* que radicaban en la parte oriental de Honshu, región con la que tuvo especial contacto, y después de su triunfo definitivo ya no quiso desintegrar la red de conexiones especiales con estos guerreros, de modo que sobre esta base organizó su propio gobierno, fuera de Kioto (Heian), en la pequeña ciudad de Kamakura, cerca de Edo (Tokio). Con este traslado, en 1185 (o, si uno prefiere, con el reconocimiento formal del Yoritomo como *shogun*, o sea *Sei-i-tai Shogun*, “jefe militar que derrota a los bárbaros” en 1192) se inició un gobierno paralelo con el imperial, y este nuevo centro de poder, el *shogun*, pronto se convirtió en el centro más eficaz (aunque siempre obrando formal-

<sup>18</sup> *World of the Shining Prince*, p. 153.

mente a nombre del emperador, aquel *roi fais-néant* del Japón que ahora reinaba sin gobernar). Este gobierno shogunal, desde Kamakura, al comienzo no contaba con edificios estables: la residencia del *shogun* consistía de tiendas de campaña: de ahí el término de *Baku-fu*: “el gobierno desde tiendas”.

### EXCURSUS. ¿Podemos hablar de un feudalismo japonés?<sup>18a</sup>

Cuando en una época determinada en alguna parte del mundo se generaliza alguna forma de organización, ésta siempre corresponde a una necesidad social; también en este caso “lo real es racional”. Pero cuando, después de cierto tiempo, el gasto social causado por esta nueva forma ya no corresponde al beneficio social que reporta, mientras que, por otra parte, a causa de la inercia que caracteriza todas nuestras instituciones, esta forma se resiste a morir, entonces surgen situaciones como las que han dado al feudalismo su mala fama.

La apreciación del feudalismo, relativamente positiva, que tiene el autor de esta obra, no procede del afán exhibicionista de ser un Rip van Winkel en pleno siglo xx, sino del reconocimiento de que el sistema feudal haya facilitado ciertos aspectos del desarrollo individual humano, ligado a una realista conciencia de jerarquía y una íntima convivencia comunal que actualmente se encuentran en peligro, pero que probablemente regresarán en la sociedad postindustrial que parece asomarse. En fin, el historiador siempre selecciona y coloca acentos con base en su intuición del porvenir, y esta intuición me induce a ver el feudalismo y el concepto de jerarquía con relativa simpatía.<sup>19</sup>

<sup>18a</sup> Un importante investigador del feudalismo japonés es Adzuma Kagami, pero sus publicaciones todavía no han sido traducidas a idiomas occidentales. Además: Kanichi Asakawa, *The origin of the feudal tenures in Japan*, 20 Am. Hist. Rev., 1-23, 1914, y *Some aspects of Japanese feudal Institutions*, TASJ 1.46, Tokio, 1918. De los investigadores occidentales quisiera mencionar: C. John Hall, *Japanese Feudal Laws*, I & II, TASJ pt. 1, 1-44 (1906) y TASJ pt. 2, 3-25 (1908) — traducciones; John W. Hall (Univ. of Yale), *Government and local power in Japan, 500-1700*, Princeton, 1966; Peter Duss, *Feudalism in Japan*, Knopf, 1969; F. Joüon des Longrais, *L'est et l'ouest, institutions du Japon e de l'Ouest comparées*, París/Tokio, 1958; A. Gonthier, *Le shô japonais*, Recueils de la Soc. Jean Bodin, 3, 303-13 Bruselas, 1938, y *L'Organisation générale du sho japonais*, Recueils de la Soc. Jean Bodin, 4, 25-34, Bruselas, 1949; y Jeffrey P. Mass, *The Kamakura Bakufu*, Stanford, 1976 (con traducción de documentos).

<sup>19</sup> Cf. Namier, citado por E. H. Carr, *op. cit.*, p. 123: “el historiador imagina lo pasado y recuerda lo futuro”, o el famoso dictum de Croce que “toda historia es historia contemporánea” (B. Croce, *Historia como hazaña de la libertad*, Mex.-Bs. Aires, 1960, p. 11).

Nuestras fuentes de información sobre la fase “feudal” japonesa son: documentos oficiales; algunas novelas y diarios, producto del ambiente de “los de arriba”, y cuentos, casi todos por mujeres; crónicas escritas desde este mismo ángulo; objetos de arte procedentes sobre todo de la capa refinada. Estas fuentes nos informan sobre acontecimientos administrativo-políticos y sobre la cultura de la élite; pero lo que también nos interesaría, sería: el nivel de felicidad, de contento, del hombre común. Casi no hallamos índices al respecto, pero —sin romantizar excesivamente— creo que el juicio podría ser relativamente favorable. El ambiente feudal corresponde al deseo innato del individuo de saber cuál es su lugar dentro de la sociedad; de colaborar para el mejoramiento de su *petite patrie*; de saber a quiénes debe odiar, y de tener un contacto íntimo con la naturaleza, la vida comunal y las fuerzas sobrenaturales, junto con la confianza de que éstas sean básicamente bien intencionadas o, cuando menos, permeables a la persuasión. Desde estos puntos de vista, sería precisamente el hombre de la fase feudal que pudiera criticar nuestra organización social despersonalizada.

Inclusive desde un ángulo más material debemos reconocer que el florecimiento de la cultura en la fase Heian, de la inspiración religiosa en la fase Kamakura y de la economía en la fase Muromachi, han sido apreciables, y que la fase Edo (que, con reservas que en su oportunidad expondremos, también podría considerarse como perteneciente al ambiente feudal) produjo una cultura, ya no sólo palaciega sino también “burguesa”, que sigue alegrándonos y dando cohesión al nacionalismo japonés. Por una parte debemos reconocer que el feudalismo no reconoce derechos “esenciales”, “eternos”, “intocables”, etc., del individuo; que tiene poca capilaridad social; y que no permite una acción estatal centralizada, que a veces puede ser benéfica; por otra parte, el feudalismo corresponde al biograma humano desde varios otros puntos de vista, como ya señalamos. Que haya producido a veces excesos; abusos locales de poder, no corregibles mediante intervención desde el centro; derrame de sangre evitable; ¿quién lo dudará? También una administración centralizadora, antifeudal, demuestra sus defectos y peligros a través de la historia. Pero debemos tratar de limitar a un mínimo aquel defecto inherente a la historiografía de fijarse en lo excepcional, y no en la vida cotidiana y en el nivel general de satisfacción hogareña, comunal, laboral y religiosa. La fantasía moderna, ilimitada respecto de las posibilidades abiertas al individuo por la diosa Igualdad con su varita mágica de las garantías individuales, ¿contribuye realmente al nivel general de feli-

cidad individual? Setenta millones de mexicanos saben que podrían llegar a ser presidentes, como el pastorcito Juárez; pero sólo cinco o seis por generación lo alcanzan (¡y a qué precio de su felicidad!). ¿Cuántos se sentirán frustrados, ineptos, por el hecho de no alcanzar los niveles que, en principio, parecen llamarlos? La moraleja de una famosa novela japonesa, llevada al cine hace unos años, *La Mujer en las Dunas* de Abe Kobo, es que debemos hacer algo humanamente valioso del nicho en que el destino nos ha colocado, en vez de coquetear constantemente con alternativas. Una frase de un autor de Europa oriental que me llamó la atención hace muchos años, sin que pueda recordar ahora quién haya sido, es: "Siempre quisiste atravesar la pared con tu cabeza. Está bien: ¡lo lograste! Ya estás en la celda vecina. ¿Y ahora qué?...". Quiero decir con lo anterior que la ilusión de la capilaridad social irrestringida del siblo xx, en el Occidente, causa mucha inquietud y ambición que terminarán en frustración, mientras que la muy limitada capilaridad inherente al feudalismo puede haber inducido al individuo a hacer una habitación humanamente interesante de la celda en la que su hado lo había mandado nacer.

Para "realizarse" como ser humano, para acercarse al biograma con que cada uno nace, el hombre necesita un mínimo de seguridad; y cuando la Corte imperial de Heian y sus representantes en la provincia (gobernadores, jefes de distrito) resultan cada vez más incapaces de garantizar tal mínimo de orden y justicia, la subconciencia social empuja al pueblo hacia otras soluciones. Sobre la base de las distribuciones de la *Taika*, que pronto dejaron de ser reajustadas, los factores arriba señalados crearon a varios propietarios medianos y grandes; y el pequeño campesino se acostumbraba a someter sus problemas a tales campesinos señoriales, y a pedir de ellos liderazgo, protección y dirección en momentos de crisis. Y los que más eficazmente se atraían la fidelidad de los pequeños campesinos, en general no eran los dueños de los *sho*, tan frecuentemente ausentistas y con intereses y curiosidades ajenos a los pequeños problemas pragmáticos locales, sino aquellos eslabones intermedios, arriba descritos, los *samurai*, de los que los titulares de los *sho* solían servirse para su contacto con la población rural. Así surgieron relaciones íntimas de fidelidad entre los pequeños campesinos y los *samurai* locales; y, por otra parte, relaciones de carácter más remoto, menos personal, entre los dueños de los *sho* y los políticos imperiales por una parte, y los *samurai* por otra. Comparando lo anterior con el feudalismo, por ejemplo, de la Francia del siglo x, encontramos ciertas coincidencias, como el carácter

personal, de fidelidad absoluta, al señor; la falta de movilidad social; la dispersión de autoridad estatal. Pero también diferencias, como la ausencia de una elaboración tan jurídica del enfeudamiento, en el caso del Japón, y el dualismo entre una estructura estatal centralizadora (con los gobernadores imperiales) en progresiva decadencia, y otra estructura, *de facto*, pero cada vez más perfilada, descentralizada, dentro de la cual los *samurai* jugaron un papel predominante. Y la razón de ser del feudalismo occidental fue la inseguridad provocada por invasiones como las de los vikingos, en combinación con una tecnología insuficiente en materia de comunicaciones; mientras que el Japón, con su territorio más reducido, a primera vista hubiera podido prestarse mejor para una administración más centralizada. Sin embargo, allí observamos aquella notable escisión entre la sicología de la Corte central y la de los líderes y organizadores del campo. Además, el carácter de archipiélago que tiene el Japón favoreció el feudalismo, así como el deplorable estado del transporte terrestre, tan claramente descrito por Morris.<sup>20</sup>

Si queremos o no pegar a dos sistemas, que nacen de realidades distintas y que tienen varios rasgos en común y algunos divergentes, un solo nombre, de “feudalismo”, es en realidad una cuestión personal, aunque quisiera apuntar que el feudalismo occidental en sí ya es un concepto bastante difícil de definir, por su *imponderabilia*, sus factores metajurídicos, sus divergencias locales y los múltiples cambios que experimentó a través de los siglos, de manera que probablemente no rendimos servicio alguno al sistematizador que trate de elaborar definiciones utilizables de las instituciones históricas, cuando acumulamos a un fenómeno ya tan elusivo y multiforme, todavía el material proporcionado por el “feudalismo japonés”, “feudalismo islámico”, etc. Sin embargo, y siguiendo la tradición respectiva, seguiremos en el presente estudio utilizando el término de “feudalismo” para el sistema político que caracteriza al Japón desde la segunda mitad de la fase Heian hasta la fase Edo (y que todavía durante ésta —ya relativamente centralizadora— e inclusive hasta la Restauración Meiji, seguirá proporcionando rasgos característicos a la sicología social y las instituciones políticas).

<sup>20</sup> *World of the Shining Prince*, pp. 51-54.